

Hernández tenemos las mejores bases para que se erija una producción dramática de auténtica resonancia mundial, que fácilmente puede llegar a ser, con la colaboración del tiempo, la mejor y más alta de nuestro país.

EMILIO CARBALLIDO.

EDMUNDO O'GORMAN. *Seis estudios históricos de tema mexicano* (México: Universidad Veracruzana, 1960).

Este volumen agrupa seis ensayos de Edmundo O'Gorman, dedicados todos, como indica el título, a temas de la historia de México. Son trabajos realizados por el autor en un periodo que va desde 1938 hasta 1960. Sin embargo, podemos advertir en ellos cómo, en lo fundamental, el pensamiento del Dr. O'Gorman sigue una misma línea. El mosaico de temas que nos presenta revela los diferentes intereses del autor dentro de nuestra historia, pero quizá la enseñanza mayor que de ellos podemos obtener es la metodología propia de Edmundo O'Gorman; es él tal vez el historiador que en México es más consciente de las corrientes historiográficas contemporáneas, que las ha asimilado, modificado en parte por su propia manera de pensar, y puesto en práctica de manera más eficaz. La idea de lo que para O'Gorman es la historia, el hecho histórico mismo de cómo hay que manejar los datos para obtener una verdadera historia que sea interpretación vívida del pasado, está manifiesta a través de estos ensayos. Analizándolos, al describirlos, esperamos poder hacer ver estas características señaladas.

En "Reflexiones sobre la distribución urbana colonial de la ciudad de México", ensayo presentado en 1938 al XVI Congreso Internacional de Planeación y de la Habitación, Edmundo O'Gorman hace un estudio cuidadoso de la "Traza" de la ciudad de México; más que de la traza misma, del significado de este concepto como factor definitivo en la historia de la ciudad.

La traza fue, explica el autor, el casco de la ciudad reservado desde el siglo XVI a la habitación de los españoles; fuera de ella se agrupaban los indígenas. Lo importante para O'Gorman es encontrar el sentido profundo que esa división entraña. Así, en primer lugar, señala el aspecto militar: era necesario para los españoles, en minoría frente a la población indígena a raíz de la Conquista, defenderse, unidos, en una especie de ciudadela fortificada. Pero había algo mucho más importante: obligaba, necesariamente, una separación entre conquistadores y conquistados, no por una sola razón, militar, sino por otra, más profunda, de carácter religioso. Es este "Principio

religioso" —como lo llama O'Gorman— el que exigía la división de los grupos, más que por una discriminación racial, por una "discriminación evangélica". Efectuar la división, colocar a los indios separadamente, implicaba la posibilidad de atender a sus necesidades espirituales —de evangelización, administración de sacramentos, organización político-religiosa, etc.—; era, en el fondo e independientemente de su verdadera eficacia, una manera de *proteger* al indio.

Podemos advertir claramente el método histórico de O'Gorman cuando estudia, tratando de penetrar plenamente en su significado, el concepto de "evangelización"; explica que este concepto, entendido como "intento de incorporación orgánica de los pueblos americanos a la cultura occidental", es fundamental para la comprensión cabal del sentido de la historia colonial de América. Sin entender estas ideas clave —y ésta la verdadera enseñanza que obtenemos del método O'Gorman— nos está fatalmente vedado el verdadero conocimiento, no sólo del fenómeno aislado "traza de la ciudad de México", sino de nuestra historia toda.

Puede así el autor obtener una primera conclusión que resume de este modo: "En suma, aquello que se llamó la traza es un síntoma histórico elocuente: nos habla de un modo peculiar de pensar, de una poderosa y apasionada voluntad, de un «querer»; lo que superficialmente parece una simple, casual y curiosa distribución urbana, cobra un sentido trascendental que la explica y sitúa como una de tantas formas en que encarnó el espíritu de la colonización española en América".

Continúa después estudiando el cambio que sufre el concepto de la traza, a medida que la sociedad colonial se modifica, hasta llegar al momento en que, por la culminación de un proceso de asimilación mutua, no hay ya conquistados y conquistadores, evangelizadores y evangelizados; entonces el concepto de la traza, como idea de separación, es inoperante; "...el Principio de Separación ya no corresponde a una realidad social, en atención a que la mezcla de razas es un hecho consumado inevitablemente, con lo que el sistema urbano que venimos estudiando se vio minado y destruido en su fundamento mismo".

A fines del siglo XVII, a raíz del levantamiento de indios de 1692, hubo un último intento de volver a la separación de la vieja traza. Pero no en vano había pasado siglo y medio de evolución de la sociedad colonial, y la idea de la traza cayó necesariamente en desuso.

En "Justo Sierra y la Universidad de México, 1910", O'Gorman estudia primeramente lo que llama "Ausencia y presencia de la

Universidad". Es decir, cómo a lo largo del siglo XIX la Universidad, suprimida o restaurada, aun en sus mismas ausencias fue una presencia viva en la conciencia cultural y aun política de México.

Muestra, por otra parte, de qué modo la política trasciende todas las actividades de nuestro siglo XIX, al grado de que aquello que más desligado está de ella se tiñó con colores de partido: estudiar metafísica llegó a ser signo de tendencias conservadoras, como signo de tendencias liberales fue la filosofía positivista. Las cosas llegaron a tanto que, en esta infiltración de política y cultura, una reforma objetivamente avanzada en materia de educación podía ser tachada de retrógrada si quien la proponía era el partido conservador.

La Universidad fue definitivamente aniquilada con la entronización del positivismo. Pero, cuando poco después el mismo positivismo sufrió ataques de parte de miembros del gobierno, Justo Sierra propone (1878) la creación de una nueva universidad que sería justamente un almacigo de positivistas al amparo de las incompreensiones del Estado; la nueva universidad es, entonces, según explica O'Gorman, un intento de salvación del positivismo.

Curiosa resulta la evolución del pensamiento de Justo Sierra cuando, al proponer la Universidad de 1910, lo hace justamente como una nueva institución que ya no conservara el positivismo, sino que lo superara. Sierra fue capaz de advertir que el positivismo, convertido en capilla, era estéril y —sobre todo— limitaba una serie de problemas humanos. Para eso, para abrir el mundo cerrado del positivismo, es para lo que Justo Sierra funda la nueva Universidad de 1910, y en ella la Escuela de Altos Estudios, que se propone trabajar, justamente, sobre aquello que estaba vedado por el positivismo.

Lo interesante del ensayo de O'Gorman es su manera de mostrar, por una parte, cómo el concepto de universidad sufrió, a través de nuestro siglo XIX, una serie de cambios tan grandes que "universidad" puede significar algo completamente diferente en dos momentos históricos distintos; por otra parte, nos muestra la evolución que sufrió el pensamiento mismo de Justo Sierra, para quien el positivismo fue primero un fin y luego simplemente una circunstancia transitoria. Y la enseñanza mayor que podemos sacar en cuanto a la metodología del ensayo, es la demostración que hace O'Gorman de la historicidad de los conceptos y las ideas; unos y otras no están dados como algo invariable, sino como algo en proceso continuo.

"Fray Servando Teresa de Mier" es un ensayo en el que O'Gorman liga muy hábilmente la biografía del fraile y político con la

historia de México que le tocó vivir. Nos da así, a la vez que una semblanza de fray Servando, un bosquejo de lo que fue México en los días que trataba de alcanzar su independencia y en los días turbulentos del imperio de Iturbide y de la Primera República.

Historiador polémico, acalorado y contradictorio, toda su obra escrita —nos explica O'Gorman— está contaminada de su actividad política. Muestra además cómo sus actitudes políticas tienen frecuentemente raíz en los libros mismos en que abrevaba.

Lo que para nosotros es más importante del ensayo "Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla", es justamente el desarrollo de lo que queda enunciado en el título. Al ocuparse de la Revolución de Ayutla, O'Gorman se propone dos tareas: ligar a la propia revolución con una circunstancia histórica nuestra que hay que rastrear, cuando menos, desde los días de la Independencia; y descubrir así el verdadero sentido que esta revolución tiene para la historia de México.

Encuentra de este modo O'Gorman que las ideas del Plan de Ayutla existían ya, de una manera u otra, en el ambiente político de México durante la primera mitad del siglo XIX; lo que tiene el Plan de Ayutla de valioso es precisamente hacer posible su formulación clara, definida y definitiva. Y el sentido que encuentra la Revolución de Ayutla es el de hacer posible el triunfo del liberalismo, y con ello, preparar todo el desarrollo ulterior de la historia mexicana. Ayutla es el inicio de la síntesis de teorías opuestas que permitirán nuestra historia de fin de siglo y —obviamente— toda nuestra historia posterior.

En "La Revolución Mexicana y la Historiografía", O'Gorman se propone —como él mismo lo dice— no hacer un recuento del material bibliográfico sobre la Revolución, sino un análisis de lo que la Revolución misma puede significar, y significa, para la historiografía, obligándola a plantear nuevos problemas.

Recorre rápidamente nuestra historiografía, para hacer ver que uno de sus problemas fundamentales —de hecho el problema fundamental— de ella ha sido definir lo mexicano. La vieja dicotomía entre la corriente que suponía la historia del México independiente como una discontinuada continuación de la época prehispánica, donde la Colonia es sólo un tránsito contingente, y la corriente que ligaba estrechamente la Nueva España y el México posterior sin tomar en cuenta lo prehispánico, queda resuelta en Riva Palacio y Justo Sierra; para ellos el concepto de nacionalidad mexicana se amplía y da cabida en su seno, por igual, al México prehispánico y a la Nueva España como momentos previos de su México presente.

La Revolución constituye, dice O'Gorman, una gran crisis de nuestra historia, donde salieron a flote una serie de ideas nuevas: es característica su preocupación por los problemas sociales.

Pero la historiografía casi no ha cambiado sus perspectivas. Se sigue viendo la historia de la Revolución con los mismos métodos que se veía la historia anterior; es aquí donde hay un "desajuste" de enfoque. La Revolución, se deduce, no ha traído todavía la revolución historiográfica necesaria.

Y concluye O'Gorman diciendo que hace falta la gran obra historiográfica que corresponda, en nuestro tiempo, a lo que en el suyo fue *México a través de los siglos*. Es decir, una obra que comprenda, explique lo mexicano incluyendo en una misma perspectiva lo anterior y la propia Revolución; y una obra, además, que por su método sea realmente moderna, es decir, que, en todos sentidos, sea de nuestro tiempo.

El segundo de los ensayos publicados, "El arte o de la monstruosidad", de 1940, ha sido comentado ampliamente por Justino Fernández en su *Coatlícue*.

En este intento por acercarse a la comprensión y explicación de nuestro arte prehispánico, O'Gorman plantea como punto de partida la necesidad de conocer el significado verdadero que el concepto de "arte" tenía para aquellos hombres; la necesidad misma de conocer si entre ellos existía ese concepto, con una connotación equivalente a la que nosotros le damos. Las obras pueden afectar nuestra sensibilidad y parecernos artísticas, pero al considerarlas como tales estamos tal vez violentando la interpretación, puesto que "el historiador del arte debe intentar reconstruir el estado de ánimo del espíritu creador de la obra que lo ocupa".

En la parte final del ensayo, O'Gorman propone, como una posibilidad de compensación hacia ese arte, el empleo del concepto de "monstruosidad".

Lo monstruoso está ligado a lo "deformado" y lo "feo" (deformado y feo respecto al arte clásico), y se explicaría como consecuencia de un pensamiento mítico. Así, piensa el autor, el arte clásico corresponde a una concepción racional del mundo, y estas otras artes corresponden a una concepción mítica del mundo. Del mismo modo que el estudio de una conciencia mítica nos puede llevar al conocimiento de muchas culturas, el estudio de lo monstruoso (expresión de lo mítico) puede llevarnos a la comprensión de las "artes" no clásicas.

J. A. MANRIQUE.